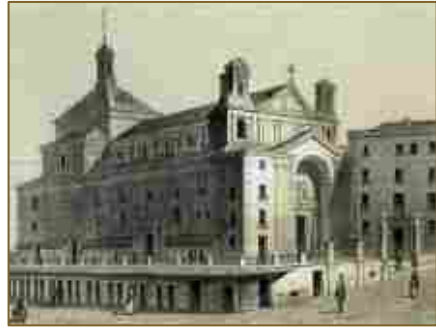


El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 769 Martes 4 de Julio de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Sánchez: «Feijóo no sabe qué decir...»**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **ZP resucitado**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Réquiem por Occidente**, *José Javier Esparza*
- ✚ **La elegancia de una minifalda**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **¿La economía va como una moto?**, *Francisco Marhuenda*
- ✚ **Liberar el emprendimiento, relanzar el crecimiento**, *Jesús Cacho*
- ✚ **Mi amigo Farid**, *Arturo Pérez Reverte*
- ✚ **El enfrentamiento más íntimo**, *Jesús Laínz*
- ✚ **Reunión en la cumbre**, *Alfonso Ussía*

Sánchez: «Feijóo no sabe qué decir...»

Emilio Álvarez Frías

En las charlas llenas de simpatía organizadas por Pedro Sánchez en diferentes lugares de España era bien recibido, con todos los honores, y con un público de lo mejor dentro de sus seguidores al objeto de que pudiera tener un tú a tú con el auditorio –aunque a la hora de la verdad solo hablara él–, se hartó de lanzar flechas y jabalinas sobre el PP fundamentalmente y, de rechazo, también lo hizo con VOX, con una frase un poco malcarada preguntándose «de dónde sale esa gente» cuando sabe de sobra que sale del mismo sitio que sus seguidores, cuando no de mejores lugares que su tropa. Flechas y jabalinas venían a caer en las proximidades de Alberto Núñez Feijóo, todas ellas con una banderola que citaba a los de la derecha, derechona y ultraderecha, más bien con palabras desafectas, entre sonrisas y comentarios graciosos con los que él, Pedro Sánchez, divertía al elenco que lo acompañaba. Y siempre dejaba caer una



retahíla de palabras en las que ponía de manifiesto lo poco que debían tener que decir los del PP a juzgar por lo que a él le llegaba, para el caso de que consiguiera gobernar en España, explayándose en comentar que Feijóo era poco menos que un ignorante que no tenía ni idea de gobernar un país (olvidando que es funcionario y político español, senador en las Cortes Generales por Galicia, presidente de la Junta de Galicia desde 2009 hasta 2022 y hoy presidente del Partido Popular, o sea un currículum superior al suyo, pues el suyo solo es de trepa asaltador) pues no había dicho ni una palabra de lo que pensaba hacer para mejorar la España que ellos dejaban en primera línea de la economía, de la ocupación laboral y un importante reguero de leyes en favor de la mujer, los LGTBI, los trans, etc., todo va la moto la motode Marc Márquez en una prueba. Con su sonrisa y buen decir, dejaba a Feijóo como un ignorante incapaz de proyectar un programa para el gobierno de España, al tiempo que aseguraba que no conseguiría fichar para su equipo a gente de la calidad que él tenía. Lo que, lógicamente, producía grandes carcajadas en el respetable, con aplausos continuos, fundamentalmente de la compañía de fieles que le acompañaba en todos sus desahogos para el caso de que la cla- que fuera insuficiente, entre la que solían estar Teresa Rivera, Pilar Llop, Ma- ría Jesus Montero, Pilar Alegría, Isabel Rodríguez y alguno más.

En su condición de mentiroso de nacimiento hasta lo más profundo de sus entrañas, a Pedro Sánchez se le olvidaba siempre que Feijóo, en la primera o



casi única reunión que tuvieron, le presentó un plan completo de gobierno que, despreció con aires de tirarlo a la basura. Plan que Feijóo ha ido soltando en sus intervenciones públicas, desgranando poco a poco, aunque sin grandes alharacas, pero que expuso con claridad en la entrevista que tuvo en «El Hormiguero» si bien, creo yo, fue incompleta pues no quiso transparentarse en su totalidad.

Desde nuestro punto de vista de españoles sin inscripción en parte alguna, creemos que Feijóo no debe arrinconar buena parte del programa de VOX pues, para redondear la vuelta de España al camino abandonado malamente hay que contar con no poco de ese diseño. Juntos podrán hacer limpieza de toda la porquería que ha repartido por España el ínclito Pedro Sánchez.

Desde nuestro punto de vista de españoles sin inscripción en parte alguna, creemos que Feijóo no debe arrinconar buena parte del programa de VOX pues, para redondear la vuelta de España al camino abandonado malamente hay que contar con no poco de ese diseño. Juntos podrán hacer limpieza de toda la porquería que ha repartido por España el ínclito Pedro Sánchez.

Por otro lado, es fácil saber qué es lo que hay que hacer en España para sacarla del pudridero; lo que se necesitan son los reaños suficientes para lanzarse sin temor a la tarea, cosa que esperamos no teman poner en marcha tanto el PP como VOX.

ZP resucitado

El buenismo de los sucesores de ZP fue un error. Sin poner la mano en el fuego se lo achacaría a Montoro, un bienintencionado del despiste. Quien después de Sánchez se fie de las cuentas de Sánchez va listo

Juan Van-Halen (*El Debate*)

ZP ha resucitado políticamente. No es que hubiese dejado la política, es que antes, dedicado a ganar dinero, se mostraba menos expuesto en los medios. Ahora ha regresado como hipotético salvavidas de Sánchez, su hijo político, y me da la impresión de que el salvavidas es de plomo. Nada efectivo para los fines que pretende.

La noticia que teníamos de ZP, el hombre de la ceja, era que se había convertido en una especie de chico para todo de Maduro, en superstar del Grupo de Puebla, en ariete del blanqueo de las dictaduras iberoamericanas, bien remunerado y con ansias de serlo más. Callaba lo que convenía a tantos euros el silencio. Ahora ha trasladado su menester a la campaña electoral de Sánchez probablemente porque si cambiara el signo del Gobierno sus oportunidades se limitarían. Money, money, money...

Los únicos presidentes que después de serlo no se dedicaron al menester de ganar dinero fueron Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo y Mariano Rajoy. El primero fue apagándose discretamente al tiempo que se deterioraba su salud; el segundo no cambió sus costumbres y surcaba la ría del Eo en su pequeño bote, el Juanín, sin complicaciones financieras; era el único con una vida económica activa antes de su paso a la política; el tercero se reintegró a



sus tareas de registrador de la propiedad, oposición que ganó muy joven.

Los expresidentes norteamericanos se dedican a pronunciar conferencias a 20.000 \$ la pieza para completar sus ingresos, aunque no hay presidente estadounidense que no llegue ya rico a la Casa Blanca. Siempre

se piensa en Trump pero ninguno de sus antecesores ni su sucesor ocuparon el despacho oval sin el riñón bien cubierto. En España son ricos después de Moncloa. No lo critico, sólo lo expongo. Si en nuestro país esas nimiedades no sorprenden no seré yo el ingenuo. Pero ZP es el caso más sonado por la mixtura entre las prestaciones políticas y los resultados económicos.

El ZP resucitado ocupa espacios televisivos y supongo que seguirá mientras dure la campaña, en supuesto beneficio de Sánchez pero hasta ahora sus opiniones son más bien chuscas. Tienen que ver con los delirios de su patrocinado tanto como aquella enormidad suya de que nuestra economía estaba en la «Champions League» y la reiterada afirmación de Sánchez de que la economía española «va como una moto». ZP no entregó claras las cuentas al Gobierno que le sucedió y Sánchez olvida que España tiene el paro mayor de la

UE, una deuda exterior que afectará a tres generaciones, que no hayamos alcanzado el PIB anterior a la pandemia y que la inflación siga creciendo al tiempo que se extienden los niveles de pobreza.

Sánchez nos vende la moto de supuestas mejoras que sólo se refieren a que decrecemos menos, no a que vayamos mejor. Los recortes de los sucesores de ZP se debieron a sus políticas, a sus mentiras y a sus cuentas falsas en el traspaso de poderes. Lo mismo le ocurrirá a quien suceda a Sánchez, y ahora



habrá que explicar esas falsedades en Bruselas porque allí también miente. Por eso es tan oportuno el anuncio de Feijóo de que, si gana las elecciones, hará una auditoría global de las cuentas de Sánchez. El buenismo de los sucesores de ZP fue un error. Sin poner la mano en el fuego se lo achacaría a Montoro, un bienintencionado del despiste. Quien después de Sánchez se fíe de las cuentas de Sánchez va listo.

El presidente habla en las televisiones pero no puede salir a la calle. En los platós no le abuchean. Y, además de acogotar a sus entrevistadores entre gestos y aptitudes okupas, se aprovecha de que los periodistas o son suyos o son buena gente. Nadie le ha preguntado todavía por el cambio de la política de España sobre el Sahara, inalterable los últimos cincuenta años. Tomó la decisión desde su mismidad sin informar al Rey, sin llevarla al Consejo de Ministros y sin debate parlamentario. El mismo egocentrismo patológico que le pierde en las entrevistas.

ZP dice que acabó con ETA. En medio de una tregua de la banda, de un pacto infumable y de sus declaraciones optimistas, ETA voló cinco plantas del aparcamiento de la T-4 en Barajas con dos muertos y una veintena de heridos. Menos lobos Caperucita ZP. Siga acudiendo a las teles con su salvavidas de plomo.

Réquiem por Occidente

José Javier Esparza (*La Gaceta de la Iberosfera*)

Periodista, escritor e historiador. Director y presentador de «El Gato al Agua» de El Toro TV



Occidente fue un conquistador español que abría selvas con un estandarte de la Virgen. Occidente fue un explorador inglés buscando las fuentes del Nilo. Occidente fue Juana de Arco, santa y guerrera y mártir. Occidente fueron Dante, Cervantes y Montaigne. Occidente era el mari nero de alma salobre que tensaba las gavias del galeón de Manila. Occidente era Sherlock Holmes (y Watson). Occidente fue John Wayne. Occidente fue Tintin. Y Corto Maltés. Occidente era un comerciante alemán de La Hansa y

también un usurero holandés del puerto de Ámsterdam. Occidente fue Juan de Austria en Lepanto y Carlos V en Augsburgo (porque Lutero, sí, también era Occidente). Occidente eran Roma frente a Cartago y Grecia frente a los persas. E Iván el Terrible, aquel providencial psicópata, echando a los tártaros de la madre Rusia. Occidente es la Dama de Shalott de Waterhouse y el Monte de las Ánimas de Bécquer y un aforismo de Lichtenberg, y también la torre Eiffel y el ferrocarril transiberiano. Y Occidente es la ciudad y Occidente es el Imperio, y la democracia y la dictadura también son Occidente. Y Nietzsche y San Agustín. Todo y lo contrario de todo.

Occidente eran un héroe de Joseph Conrad y un plantador portugués en Brasil. Occidente era Rommel y Occidente era Montgomery. Occidente fueron Napoleón y el cura Merino. La espada de Garcilaso de la Vega era Occidente, y la pluma de Shakespeare y la mano de hierro de Götz von Berlichingen, y la reina Isabel de Castilla. Occidente era Santa Teresa, tanto como Lawrence de Arabia, sin ánimo de comparar. Occidente era Cristo y, a veces, también el demonio era Occidente. Y el papa Luna y Wallenstein. Y Robespierre y Donoso Cortés. Y sor María de Ágreda y sor Juana Inés de la Cruz, y por cierto que también el indio Juan Diego fue Occidente. Occidente era un cazador en los bosques de Canadá y una dama bóer en Transvaal y un colono castellano en la sierra de Guadarrama. Occidente eran Goethe y un templario en Tierra Santa y un escribano en la Casa de la Contratación. Y la Pompadour y la Laura de Petrarca y la Dulcinea del Quijote. Y Luisa de Medrano dictando cánones en la Universidad de Salamanca, y María Curie, enferma, devorada por la radiactividad. Y Homero. Y Plutarco. Y el bardo galés Taliesin. Y Tristán e Isolda.



Hoy Occidente ya no es nada de eso. Hoy Occidente es un anciano decrepito con evidentes problemas cognitivos, corrupto y lascivo, que intenta disimular su indisimulable senilidad con cierta sonrisa odontológica y gestos mecánicos de muñeco articulado. Occidente hoy es Joe Biden (y sus dobles). Es la histeria de lo woke y la maldición sobre la propia historia y el odio a sí mismo de quien se mira y sólo reconoce el vacío de lo que un día existió. Y el gesto bobo de las multitudes narcotizadas repitiéndose a sí mismas «oh, qué feliz soy», sin apartar la vista del móvil, mientras se ponen de rodillas ante su propio vacío. Y seres que no son hombres ni mujeres, ni tienen hijos, ni tienen tierra ni tienen Dios, seres que no son ni tienen nada. Hoy Occidente ha dejado de ser Roma para ser Cartago. Hoy Occidente se está suicidando por su propia ideología, como dice Emmanuel Todd. Hoy Occidente quiere morir. Ergo, hoy Occidente merece morir. Pues bien: que muera. Y entonces, tal vez, los últimos hombres sobre esta tierra, ya no bendita, descubrirán una forma de empezar de nuevo. Tal vez, entonces, podamos recuperar la ingenuidad de aquel primer griego al que se le apareció, en sueños, el perfil del Partenón.

La elegancia de una minifalda

Manuel Parra Celaya

Hace unos días tuve la oportunidad de asistir a una conferencia del filósofo Fernando Savater; por supuesto, seguí con atención sus palabras y, en términos generales y como no podía ser menos, estuve de acuerdo con la mayoría de sus planteamientos. No obstante, en determinado momento, hizo alusión a la vulgaridad y ordinariedad presente en la política actual, con énfasis en la falta de corrección en la vestimenta que suele caracterizar a personajes y personajillos de la extrema izquierda, y deslizó cierta equiparación con *una España alegre y faldicorta*, de inequívoco origen en José Antonio Primo de Rivera.

Al finalizar su disertación, me acerqué a él para felicitarle y, al mismo tiempo, expresarle mi discrepancia por la odiosa comparación que había deslizado, y que me parecía totalmente injusta y fuera de lugar; me presenté, naturalmente, como joseantoniano y le argumenté que era perfectamente compatible la elegancia en la expresión, en la palabra, en el gesto y en el atuendo con el empeño de que España estuviera presidida por la alegría y el desenfadado, simbolizado en la minifalda. Don Fernando, por supuesto, me dio la razón y aclaró que se había referido en concreto a quienes intentaban, a fuer de *progres*, escandalizar en marcos que exigían por definición cierta compostura, y que estaba de acuerdo con mi apuesta por la *España minifaldera*.

En efecto, es preciso establecer una distinción entre alegría y frivolidad a ultranza, entre la risa franca y noble y la trivialidad o el torpe aspaviento de *épater le bourgeois* de que hacen gala los presuntos *revolucionarios a la violeta*. También, que se puede y se debe ser elegante sin caer en la sofisticación



y en un formalismo apenado y tético, ese que también impera en una sociedad que invita a la tristeza a muchos españoles.

La luminosidad de un Sorolla contrasta con la negritud de un Gutiérrez-Solana, y, aunque admiro a los *bisabuelos* del 98, pongo mi apuesta por el optimismo de quienes fueron sus *bisnietos*, que pretendo seguir en lo esencial; claro

que la luz que impera en los cuadros del pintor valenciano no tiene por qué ocultar la crítica que se desprende de las figuras y situaciones del madrileño, reflejo de una España cariacontecida por su pobreza y falta de alientos.

Volviendo al tema expresado por Savater, lo que está ocurriendo en la actualidad es que se dan la mano el plebeyismo y la vulgaridad con la acidez y acritud de los discursos de los políticos. En palabras de Ortega, vivimos una especie de *democracia morbosa* (es decir, *enferma*), en la que «*hemos llegado al imperio indiviso de la descortesía*». Vale la pena recordar sus palabras al

respecto: «*Nuestra raza valetudinaria se siente halagada cuando alguien le invita a adoptar una postura plebeya, de la misma suerte que el cuerpo enfermo agradece que se le permita tenderse a su sabor*».

Y seguía diciendo don José Ortega: «*La democracia, como democracia, es decir, estricta y exclusivamente como norma de derecho político, parece una cosa óptima. Pero la democracia exasperada y fuera de sí, la democracia en religión o en arte, la democracia en el pensamiento y en el gesto, la democracia en el corazón y en la costumbre, es el más peligroso morbo que puede padecer una sociedad*». Mucho me temo que en ello estamos inmersos, y de ahí la ausencia de elegancia.

Digamos también que puede haber diversas formas de llevar una minifalda; comparemos, teórica o visualmente, el abismo que existe entre aquella que es portada con *estilo*, con finura y gentileza, la que suscita la admiración de los viandantes sin expresión alguna de grosería, y aquella en que se ha embutido una mozuela *choni*, descarada y provocativa, que solo tiene la misión



de mostrar al público carnes generalmente aquejadas de celulitis.

El primer tipo de minifalda es la que queremos que vista España, abierta de la libertad y a la justicia, la que inste a la sonrisa amable y al piropo gentil de propios y extraños. La segunda es la que impera, reflejo de la falta de

elegancia de que se lamentaba Fernando Savater en sus palabras: la reñida con la belleza y la apostura (y, a veces, incluso, con el agua y jabón); la de la descortesía y la ordinariez.

Me duele también comprobar a diario –a juzgar por las noticias– que esa falta de elegancia natural es común a las ciudades y a los pueblos; alejo de mí aquella imagen idílica que don José M^a de Pereda otorgaba a las sociedades rurales, que cada vez están más asimiladas al asfalto de las urbes; como decía García Serrano, *la civilización nos ha llegado al bajovientre*. Incluso, dudo como joseantoniano de aquella atribución al pueblo español de depositario de «*buenas cualidades entrañables*».

Tampoco exageremos... Parte de nuestro pueblo –no todo–, en todos los rincones, adolece hoy por hoy de ese mismo *morbo* –en término orteguiano– de vulgaridad, plebeyismo y ordinariez, que, como toda enfermedad, es susceptible de remedio médico, esperemos que no traumático. De ahí que, en frase proverbial, algunos de sus representantes hayan sido bien elegidos por los electores.

Dicen que el próximo día 23 las urnas pueden cambiar algo el panorama. De todas formas, yo confío más en la Educación, con mayúscula.

¿La economía va como una moto?

«No existe una política rigurosa destinada a controlar y luego reducir el gasto innecesario»

Francisco Marhuenda (*La Razón*)

Catedrático de Derecho Público e Historia de las Instituciones (UNIE)

Hoy me había propuesto no escribir sobre Sánchez, pero no he podido resistir la tentación tras escuchar otra vez la frase «la economía va como una moto». He de reconocer que no me gusta este término coloquial teniendo en cuenta la inflación, las incertidumbres que se ciernen sobre el horizonte, la subida de tipos que ha encarecido las hipotecas y el brutal endeudamiento público. No falta mucho para que se apliquen las reglas fiscales. La brillante estrategia económica se sustenta, precisamente, en unos incumplimientos, acordados por los países europeos, que son una barbaridad. No existe una política rigurosa destinada a controlar y luego reducir el gasto innecesario. La colonización del sector público empresarial es otra barbaridad, que se une a las disparatadas leyes aprobadas por la imposición del radicalismo ideológico gubernamental. Por supuesto, el último dato de inflación es positivo y la economía va bien, inmersa en una inquietante paradoja, porque la deuda pública sustenta el crecimiento. Es tan irresponsable el optimismo exagerado como el catastrofismo.

Hace tiempo que soy pesimista, porque he llegado a la conclusión de que nunca se adoptan las reformas profundas que necesita la economía para acabar con los déficits que sufre. Es cierto que contamos con empresas bien gestionadas que han sido capaces de afrontar las sucesivas crisis con éxito. No voy a restar mérito al esfuerzo colectivo de la UE para impedir el desastre durante la crisis pandémica. Ahora afrontamos el multimillonario gasto militar provocado por la Guerra de Ucrania que está favoreciendo, sobre todo, al complejo industrial estadounidense y, en menor medida, al europeo. A pesar de la euforia provocada por la fracasada rebelión de los mer-



cenarios del grupo Wagner, nada indica que el conflicto bélico tenga visos de finalizar. La contraofensiva ucraniana no ha mostrado fuerza y profundidad más allá de un limitado movimiento del frente. Es la operación militar más anunciada de la Historia. Su éxito se circunscribe al frente mediático y a los materiales audiovisuales que ofrece el ejército ucraniano en las redes sociales, así como a la vertiginosa actividad de Zelenski para conseguir armamento y dinero que pagamos, sobre todo, los europeos.

Liberar el emprendimiento, relanzar el crecimiento

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Para una amplia mayoría, ha sido un infierno. Incluso los menos críticos sostienen que han pasado cinco años en el purgatorio por culpa de un Gobierno hostil a la actividad empresarial, que considera al empresario un explotador y a la empresa un ente digno de toda sospecha al que freír a impuestos y ahogar con todo tipo de leyes y reglamentos. Incluso en la recta final de su mandato, cuando a Sánchez le queda cuarto de hora en el uso y abuso del poder, él y su banda siguen agrediendo a las empresas a golpe de decreto, imponiéndoles el duro peaje de una ideología enemiga de la iniciativa privada. El sujeto quiere imponer por ley, si llegara a ganar el 23J, un SMI



equivalente al 60% del salario medio, una promesa que a la comunista Yolanda le ha parecido poca cosa, de modo que ha subido la apuesta ofreciendo llevarlo hasta los 1.400 euros, muy por encima de los 1.080 del pasado febrero y casi el doble de los 735 en vigor cuando Rajoy dejó el Gobierno. Además de subir el SMI, Sánchez ha prometido ampliar los permisos de pa-

ternidad desde las 16 actuales hasta las 20 semanas. ¿Hay quien dé más? Este mismo martes, en una especie de «decreto escoba», el Ejecutivo ha anunciado que las parejas de hecho tendrán derecho a 15 días de permiso, como los matrimonios. Más medidas: un permiso laboral retribuido de carácter general de 5 días al año para atender familiares; un segundo permiso «por causa de fuerza mayor», también retribuido, que podrá llegar a un total de 4 días año; un tercer permiso parental de 8 semanas, que se disfrutará de forma continua o discontinua, hasta que el menor cumpla 8 años. Todas estas regalías con cargo a la empresa, que se colgarán del Estatuto de los Trabajadores, han entrado en vigor esta semana tras su publicación en el BOE. ¿Quién trabaja aquí? ¿Cómo puede alguien, salvo caso de manifiesto masoquismo, animarse a abrir un negocio en un país cuyo Gobierno se dedica con ahínco a hacer la vida imposible a cualquier pyme?

«Ninguna democracia avanzada puede dar respuesta a las necesidades de una sociedad moderna sin la participación de la iniciativa privada», reza el documento que la patronal CEOE aprobó la semana pasada y en el que se contemplan hasta 100 propuestas para ser remitidas a los partidos que concurrirán a las próximas generales. La filosofía del mismo, articulada en torno a 5 grandes ejes, revela las penurias sufridas en los últimos 5 años por el colectivo empresarial y los cambios de rumbo exigibles a cualquier Gobierno dispuesto a enaltecer la iniciativa privada: «estabilidad institucional», en primer lugar, que ponga a la empresa a salvo de las vicisitudes de la alternancia po-

lítica; «seguridad jurídica», la primera víctima del Gobierno Sánchez, que asegure «unas reglas del juego claras y coherentes» para los empresarios; «fiabilidad normativa», o la capacidad para legislar de forma coherente y técnicamente rigurosa, lejos de los desastres que hemos visto en el BOE en estos cinco años; «necesidad de diálogo y pacto social», casi una obviedad, y, finalmente, «voluntad de crecer», un concepto que podría parecer de Perogrullo pero que con este Gobierno se ha convertido casi en una piedra preciosa, porque el verbo «crecer» y el sustantivo «crecimiento» han sido términos malditos para un Ejecutivo de izquierda radical capturado por la visión no ya estatista de la economía, que va de suyo, sino por el mantra del «decrecimiento» tan en boga en estos tiempos de crisis climática.

De esas cinco exigencias cuelgan una serie de reivindicaciones concretas que tienen que ver con las aspiraciones de un colectivo masacrado por el garrote impositivo y la exuberancia normativa. Se trata, en efecto, de reducir la presión fiscal que sufren unas empresas que, sumados impuestos y cotizaciones sociales –ese famoso «impuesto al empleo» tantas veces denunciado como ignorado–, soportan ya una carga superior a la media de la OCDE y la UE. El segundo caballo de batalla apunta al inevitable Impuesto de Sociedades, que habría que adecuar «a la capacidad económica real de las empresas considerada interanualmente», y el tercero pero no último alude a la necesidad de «reducir los tipos marginales del IRPF y elevar el umbral a partir del cual se aplican». Cuestiones adicionales inciden en la necesidad de incentivar fiscalmente la creación de empleo y el I+D+i, mejorando en su caso los esquemas



en vigor, y a la conveniencia de eliminar de una vez el Impuesto de Patrimonio y a rebajar el de Sucesiones y Donaciones.

La patronal alerta también sobre la necesidad de acabar con la «introducción de nuevas figuras impositivas, que no respondan a razones de eficiencia e interés general» en clara alusión

al impuesto extraordinario a banca y eléctricas, acotando que «figuras tributarias selectivas o discriminatorias sobre determinadas empresas o sectores dañan la competitividad» al apartarse del consenso europeo en la materia y convertirse en un lastre a la hora de competir en el exterior. El infierno fiscal español queda reflejado en ese medio centenar largo de cambios regulatorios que se han producido en la legislatura y que se han traducido en subidas de impuestos para los contribuyentes, personas físicas y jurídicas. Una febril actividad normativa, a menudo de una asombrosa pobreza en lo que a técnica jurídica se refiere, que se ha traducido en un aumento de la complejidad administrativa, en un incremento de los costes para las empresas a la hora de cumplir con los nuevos requisitos y en un obvio deterioro de los niveles de seguridad jurídica. Un auténtico sin Dios que hace muy difícil, cuando no imposible, la actividad empresarial, sobre todo para las pymes.

Que la presión fiscal ha deteriorado en los últimos años la competitividad de las empresas españolas es algo que se puso de manifiesto en una reciente jornada organizada por el Registro de Asesores Fiscales (Reaf). A veces de forma injustificada, porque, a pesar de no estar obligado a cumplir objetivos de reducción del déficit, gracias a la laxitud de Bruselas tras la pandemia, el Gobierno Sánchez no ha dejado de introducir subidas de impuestos, seguramente por una mera pulsión ideológica, es decir, porque está en la naturaleza de cualquier Ejecutivo social comunista, siempre ignorantes de ese principio según el cual «la primera obligación de las autoridades fiscales para preservar la competitividad de la economía es no espantar el negocio», como puso de manifiesto Begoña García, ex alto cargo de Hacienda y actual responsable del área fiscal de Iberdrola. Tanto ella como Diego Martín, ex director general de Tributos y actual asesor de Gómez Acebo & Pombo, denunciaron «el uso abusivo de la política tributaria que se ha hecho en los últimos años para obtener nuevos ingresos».

El deterioro del marco normativo y el consiguiente daño a la seguridad jurídica ha sido una constante durante los años de Gobierno Sánchez. Existe una amplia bibliografía que demuestra la estrecha vinculación existente en los países desarrollados entre calidad regulatoria, seguridad jurídica y desarrollo económico, o, dicho de otro modo, muy pocas sociedades alcanzan un elevado nivel de vida sin buenos niveles de gobernanza y una elevada calidad regulatoria, lo que equivale a decir que ningún país prospera de verdad sin un escrupuloso respeto a la ley, que no otra cosa es eso que llamamos «seguridad jurídica». Y en esto España ha ido de mal en peor. En efecto, en el «Worldwide Governance Indicators» del Banco Mundial, España ocupa el puesto 25 de 30 países en cuanto a calidad regulatoria, y el 23 en cuanto a seguridad jurídica, por debajo de la media europea, lo que demuestra que nuestro país ha conocido una significativa caída en el ranking con respecto a 2018, año en el que España ocupaba el puesto 23 en ambos indicadores. Se trata de un descenso que lastra el desarrollo económico y retrasa la convergencia en términos de renta per cápita con los países de nuestro entorno.



La existencia de un marco institucional que establezca una regulación estable y predecible, y que garantice de forma efectiva el cumplimiento de los contratos, es clave para el buen funcionamiento de las empresas y, por tanto, para el crecimiento económico y la generación de riqueza y bienestar a largo plazo. El Instituto de Estudios Económicos (IEE) que dirige Gregorio Izquierdo, en su informe «Las buenas prácticas regulatorias», noviembre 2019,

cita un trabajo de Alcalá Agulló y Jiménez Sánchez sobre el impacto de la calidad institucional en el crecimiento para el caso concreto de nuestro país, en el que se asegura que si se equiparara la calidad institucional en España al nivel que le correspondería de acuerdo con la productividad actual de su economía, se obtendría un incremento potencial a largo plazo del PIB per cápita acumulado de alrededor del 20%. Un resultado tan sorprendente como espectacular, que debería incitar a un futuro Gobierno Feijóo a trabajar en la mejora de esa variable. A sensu contrario, la debilidad institucional ha sido considerada (Arias y Caballero, 2016) como un factor determinante de la baja competitividad de la economía española. Resulta inevitable, por ello, concluir que los niveles de empleo y renta de los españoles podrían obtener un notable impulso a largo plazo si se elevara la calidad institucional de nuestro país.

Un estudio mucho más reciente del IEE, de enero 2023, titulado «La mejora de la calidad institucional del comercio en España: cuantificación de su impacto económico y social» llega a resultados aún más espectaculares al señalar, siempre referido al comercio, que la eliminación de sobrecostes operativos y de gestión, la regulación en materia de envases y normativa medioambiental, la persecución del hurto recurrente, además de algunos otros asuntos menores, permitirían reducir la inflación, incrementar la renta disponible de los hogares, aumentar el gasto en consumo y reactivar la inversión. En concreto, esas mejoras regulatorias propiciarían una caída del índice de precios al consumo de 1,7 puntos porcentuales, ni más ni menos, y un aumento de la renta disponible familiar de 8.840 millones de euros, cifra equivalente a 470 euros/año por hogar, permitiendo aumentos del consumo por valor de 7.950 millones, y un crecimiento de la inversión en el entorno de los 770 millones, ello



sin olvidar la mejora de la recaudación fiscal (870 millones) y del empleo (88.140 empleos equivalentes a tiempo completo).

Todo por hacer, pues, en el territorio devastado de la economía y las empresas con el que el futuro Gobierno se va a encontrar

tras el paso del tornado Sánchez. Por encima de la necesidad imperiosa que tiene España, un país cuya renta per cápita es hoy 17 puntos porcentuales inferior de la media de la zona euro, situación mucho peor que la existente en 2005 cuando gobernaba Zapatero, de liberar el emprendimiento y relanzar el crecimiento, la sociedad española está reclamando ya a quien parece llamado a ocupar la Moncloa en menos de un mes un mensaje claro de esperanza. No se trata tanto de que Feijóo y su equipo desgranen una serie de medidas a llevar a cabo como si fueran las cuentas de un rosario, sino de que ofrezcan al país un «relato» distinto, la idea de que las cosas van a cambiar a mejor, de que desde el poder nadie va a intentar ahogar a empresas y trabajadores con

una fiscalidad inasumible, el compromiso de liberalizar, de dotar de verdadera independencia a los organismos de control, la certidumbre de que se va a estimular la libre iniciativa apoyando la creación de pequeños y medianos negocios quitando trabas, levantando barreras, aportando ayudas, premiando, en fin, el esfuerzo de quienes se levantan a las 6 de la mañana para ir a su trabajo y llevar un sueldo a casa.

La promesa de que vamos a asistir a una regeneración ética de la economía y la política. El convencimiento, en fin, de que discursos diarios como los que protagoniza la señora Yolanda Díaz («Queremos reducir la jornada laboral sin reducir el salario, eso es clave, queremos que el 24 reduzcamos la jornada en 37 horas y media para caminar en un proceso de diálogo social en una reducción hasta 32, y también queremos que la gente salga una hora antes del trabajo, ¿para qué? Bueno, para que podamos vivir, para que podamos irnos de cañas...») van a quedar definitivamente atrás para beneficio de nuestros bolsillos, solaz de nuestras libertades y cuidado de nuestra salud mental. Lo primero y fundamental, con todo: poner a Sánchez en la calle el próximo 23 de Julio.

Mi amigo Farid

Arturo Pérez-Reverte (*XL Semanal*)

En 1976, la guerra del Líbano estaba en todo lo suyo. Se combatía con mucha bestialidad en la última fase de la que se llamó batalla de los hoteles, en Beirut, y mi periódico –después del Sáhara me habían enviado de corresponsal a Argel– me dijo que fuese a cubrir aquello. Así que, como el aeropuerto beirutí estaba cerrado por exceso de candela, tomé un vuelo a Damasco y desde la capital siria fui por carretera hasta la frontera libanesa. Allí, en un lugar llamado Masnaa –si al mundo tuvieran que ponerle un supositorio se lo pondrían exactamente por allí–, el taxista sirio se negó a seguir y me dejó tirado con mi mochila, un mapa, una lata de sardinas y una navaja suiza. Estuve un día y una noche buscándome la vida junto a una especie de bar donde vendían cigarrillos y gasolina, pero no pasaba nadie. Hasta que al amanecer se detuvo un coche con tres chicos jóvenes, de mi edad, y los convencí para que me llevaran a Beirut.



Por el camino, que fue largo y accidentado, simpatizamos. Dos eran hermanos, Sami y Fadi, y el tercero, su primo, se llamaba Farid. Eran cristianos libaneses y regresaban a su país para alistarse y combatir. Farid, un muchacho bigotudo, alto y melancólico, se admiró de que un español al que nada le iba

en aquello se metiera en semejante pifostio. Así que se ofreció a alojarme en su casa y a contactarme al día siguiente con las autoridades militares. Así lo hicimos, y de eso surgió una amistad que duraría el resto de nuestras vidas. Durante los primeros días dormí en su casa y traté a su familia: su padre, su hermano, su guapa hermana Najat y su madre, una libanesa de ojos enormes que había sido una belleza en su juventud y a los sesenta años lo seguía siendo. Me quería mucho y me trató como a un hijo.

Dejé la casa de Farid a los pocos días, haciendo mi trabajo: el final de la batalla de los hoteles, el asedio y matanza de Tel al-Zaatar, los violentos combates del barrio de Hadath. Después mi periódico me mandó a otros lugares, aunque regresé al Líbano muchas veces durante la guerra, que fue larguísima, primero para *Pueblo* y luego para *Televisión Española*: una docena de viajes durante diecisiete años, incluida la invasión israelí de 1982. Y cada vez, estuviera con el bando que estuviera –al final cubrí esa guerra con todos, israelíes y palestinos incluidos–, siempre me las arreglaba para encontrarme otra vez con Farid.

Quizá por nuestra amistad aprendió español oyendo canciones sudamericanas, de las que yo traducía las palabras difíciles. Él seguía combatiendo con los suyos, y varias veces lo acompañé en eso. Era sereno, humilde y muy valiente.



Algunos de sus camaradas también fueron mis amigos. Vivimos juntos muchas aventuras y compartimos sobresaltos, cigarrillos, confidencias. En el segundo viaje, agradecido, le regalé a Farid una pequeña cruz de oro que me había dado mi madre y que yo llevaba colgada al cuello con la chapa de identificación. Y en cierta ocasión, cuando llegué otra vez a Beirut y fui a su casa, su madre me abrazó llorando emocionada. Has salvado la vida de mi hijo, sollozó. Has hecho un milagro. No comprendí a qué se refería hasta que me enseñó unas radiografías: Farid había sido herido en un combate y la radiografía mostraba, junto a la bala alojada en la clavícula, la cruz que le habían apartado a un lado del cuello para hacerle la placa radiológica. Tu cruz, decía la madre, desvió la bala.

Un día acabó aquella guerra, aunque en el Líbano, tan lejos de Dios y tan cerca de Siria e Israel, nunca acaban del todo las desgracias. También yo dejé la vida de reportero, y nunca volví a Beirut. Pero he seguido en contacto con mi amigo. Mientras funcionó el correo le mandé mis novelas; ahora nos telefonamos de vez en cuando y cambiamos mensajes electrónicos por Navidad. Tiene los mismos años que yo y lo pasa mal: el país es un desastre de políticos y gentuza sin escrúpulos, y los que

como él combatieron y quemaron allí los mejores años de su vida están arruinados y olvidados. Tras haber vendido la casa de sus padres, sin un céntimo en el bolsillo, Farid malvive en el campo, arreglándose como puede. Cuando hablamos por teléfono se nos quiebra la voz, recordando a los dos muchachos que se conocieron en Masnaa. Uno de mis mayores remordimientos es no poder compensarlo por lo mucho que le debo: por su generosidad cuando éramos tan jóvenes que las palabras combate, vida, futuro, lealtad, aún tenían sentido para nosotros. De todas ellas apenas nos queda la última, y ni siquiera a ésa soy del todo fiel. Una y otra vez pienso que debo viajar allí por última vez, a abrazarme con Farid antes de que muera uno de los dos, pero no lo hago. Y no es porque el Líbano esté lejos. Soy cobarde porque temo mirarme en el espejo del tiempo perdido.

El enfrentamiento más íntimo

La moda de la transexualidad es el aspecto más extremo, y lamentablemente más cruento, de esa dictadura posmoderna representada en la sigla «LGTBetc»

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

–Mamá, me voy a amputar una pierna porque me autopercibo cojo atrapado en el cuerpo de un bípedo.

–¡Vamos corriendo al psiquiatra!

–Mamá, me voy a arrancar la lengua porque me autopercibo mudo atrapado en el cuerpo de un hablante.

–¡Vamos corriendo al psiquiatra!

–Mamá, me voy a sacar los ojos porque me autopercibo ciego atrapado en el cuerpo de un vidente.

–¡Vamos corriendo al psiquiatra!

–Mamá, me voy a sacar un ojo y ponerme una pata de palo porque me autopercibo pirata atrapado en el cuerpo de un estudiante.

–¡Vamos corriendo al psiquiatra!

–Mamá, me voy a cortar los huevos porque me autopercibo mujer atrapada en el cuerpo de un hombre.

–¡Claro que sí, cariño! ¡Qué alegría me das! ¡Qué magnífico testimonio contra la heteropatriarcalidad cristiano-capitalista!

¿Por qué esta incoherencia? ¿No se tratan todos estos casos de graves alteraciones mentales que conducen a agresiones irreversibles al cuerpo humano? Quienes han pasado por la experiencia, ya sea como protagonistas o como familiares, saben del calvario que ello implica. Aunque sólo fuera por eso, la prudencia debería ser llevada al extremo en vez de la frivolidad con la que hoy se tratan estas cuestiones porque así lo impone la sacrosanta ideología de

género. Todos los profesionales de las distintas especialidades médicas involucradas conocen las tremendas cifras de suicidios de personas que han pasado por un proceso de cambio de sexo. Porque no resulta difícil comprender que no aceptar a la persona que se nos aparece en el espejo parece un motivo poderoso para plantearse acabar con ella. Sin embargo, estas cifras no suelen abrir los telediarios, y si alguna vez se mencionan en los medios de comunicación es para culpar a la sociedad de las muertes de esas atormentadas personas por seguir oprimiéndolas después de su paso por el quirófano. Y tampoco salen los numerosos testimonios de transexuales arrepentidos que, tras haberse dañado gravemente su salud, ya no tienen vuelta atrás.



La moda de la transexualidad es el aspecto más extremo, y lamentablemente más cruento, de esa dictadura posmoderna representada en la sigla LGTBetc. Sí, dictadura, porque pretende representar a todos los homosexuales aunque muchos se mantengan al margen e incluso lo condenen; porque amordaza las voces discordantes; porque impone sus muy discutibles opinio-

nes como si fueran hechos indiscutibles; porque adoctrina y deprava a todo el mundo desde la más tierna edad; porque se trata de un grupo de presión mundial homenajeado en todo tipo de instituciones; porque su bandera ondea, como si de un Estado se tratara, en edificios oficiales desde la ONU hasta el último ayuntamiento; porque para sus actividades, incluidas las más desquiciadas, se despliega alfombra roja en calles, escuelas, universidades y parlamentos; porque su representación está muy inflada en cine, prensa y televisión; porque lo que eran cosas de minorías y de la más íntima esfera privada ahora es un negocio inmenso para sus hipersubvencionados promotores y asunto central de la política en todo el mundo; y porque a pesar de todos estos privilegios y muchos más, todavía siguen denunciando su discriminación para así conseguir mayor poder.

El llamado progresismo llena hoy las urnas prendiendo y avivando todo tipo de enfrentamientos: izquierda contra derecha, nietos de nacionales contra nietos de republicanos, afroasiáticos contra europeos, negros contra blancos, cristianos contra musulmanes, creyentes contra ateos, regiones contra la nación, hablantes de una lengua contra hablantes de la otra, hombres contra mujeres, heterosexuales contra homosexuales... y el último que faltaba era el enfrentamiento de cada uno con su propia naturaleza.

Lo que oculta y a la vez demuestra todo esto es un odio profundo a lo humano, y de ello nada bueno puede surgir. El infierno está vacío. Todos los demonios están aquí.

Reunión en la cumbre

Greta, como nuestro Sánchez, es una derrochadora de emisiones contaminantes. Pero el mundo es así. El mentiroso, en este caso la mentirosa encumbrada, consigue con su osadía lo que se proponga

Alfonso Ussía (*El Debate*)

Zelensky es un hombre valiente, resistente y admirado y respetado en todo el mundo. Una fotografía con Zelensky es un salvoconducto de dignidad. Dicho lo anterior pregunto: ¿ha contratado para llevarle la jefatura de prensa al dimitido podemita de María Guardiola? ¿Quién es el tonto o la tonta que le ha recomendado –y lo que es peor–, convencido, para que organice una reunión en la cumbre referente al impacto de la guerra en el medioambiente con Greta Thunberg de invitada principal? ¿Qué beneficio consigue Zelensky? Ahora me respondo. Ninguno. ¿Le toca la lotería de esa cumbre a la caradura de Greta Thunberg? Le toca el gordo, el segundo premio, el tercero, y no contenta con ello, el bombo.

Zelensky mantiene el tipo ante la cruel invasión rusa. Todos los días su país es bombardeado. Sus ciudades aniquiladas. Decenas de miles de muertos, entre militares combatientes y civiles masacrados por los misiles de Putin. Zelensky pide, y en ocasiones mendiga, ayuda de las naciones occidentales, y su figura simboliza la capacidad de sufrimiento y resistencia de Ucrania. Se da por hecho que una guerra afecta al medioambiente. Bosques calcinados, ciudades derruidas, presas dinamitadas para inundar amplias regiones, cadáveres olvidados, cosechas arruinadas, ríos envenenados... Para eso no es necesario perder el tiempo recibiendo a la mafia que rodea a la insufrible niña y consumada farsante.

El negocio que se ha establecido en torno a ella, tan beneficioso para sus padres, hermana y demás parientes –como se escribe en las esquelas de ABC–, ha superado las expectativas y viven de él centenares de golfos. Greta Thunberg tiene más asesores que Irene Montero, si bien una de ellas es muy lista y la otra muy tonta, y no voy a apresurarme a descifrar el enigma. Greta, como



nuestro Sánchez, es una derrochadora de emisiones contaminantes. Pero el mundo es así. El mentiroso, en este caso la mentirosa encumbrada, consigue con su osadía lo que se proponga. En breve se publicará la siguiente noticia: «Greta Thunberg en Roma. Mañana recibirá en su Hotel a Su Santidad el Papa, al que dedicará quince minutos de su tiempo para audiencias». Y Su Santidad le pedirá perdón por haber cazado en la infancia algunos pajarillos con un tiragomas.

Greta, además, engaña. Greta miente. Greta, finalmente, cambia de opinión. Su estatura le ayuda a ello. Todos los mandatarios del mundo la reciben y saludan como si se tratara de una niña precoz –precoz y procaz van de la mano–, cuando Greta tiene más años que el Rey Gustavo Adolfo de Suecia y la Fundación Carolina de Estocolmo. Para que un español medio lo entienda. Greta Thunberg tiene más años que la «Gwendoline» de Julio Iglesias.

No le concedería importancia al asunto del que hoy escribo si el anfitrión hubiera sido otro. Si Greta, para mantener el ritmo mercantil de su organización, solicita ser recibida por el presidente de la República de San Marino, mucho me alegraría por tan fundamental visita. Si Greta, para conocer de cerca el impacto medioambiental que origina el exceso de turismo en las islas Molucas (Republik Maluku Selatan) –que así figura en sus sellos–, es agasajada por su presidente Yodigodi Jalamán Sufú –obviamente me lo he inventado–, mucho lo celebraría. Pero que el presidente de Ucrania, nación devastada por la guerra con Rusia, pierda su tiempo recibiendo a esa botarate y montando una reunión en la cumbre para hablar del impacto medioambiental originado por la invasión armada rusa, me causa un cansancio infinito y un desasosiego profundo. Intento levantarme y me flojean las corvas. Zelensky es mi héroe, y los héroes, aunque las hagan, no trasladan a la opinión pública sus tonterías.

Mándela a paseo.
